AÑO XXII 20 FEERERO DE 1913 NÚM. 536

LA ACADEMIA CALASANCIA

FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS, ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE

LA UNIVERSIDAD DE LOVAINA

FUNDADA ya en el siglo XIII la Católica Universidad de Lovaina, ha visto, sin notables modificaciones, levantarse y pasar después de deshechas las alteradas olas de profundas conmociones sociales y políticas de que fué víctima el país hasta terminarse el primer cuarto de la anterior centuria. Ella ha formado, por decirlo así, la mentalidad belga, y en sus aulas ha recibido su temple característico el alma nacional; la gran mayoría de los hombres que han regido los destinos de la pequeña, pero culta Bélgica, han sido adiestrados en Lovaina, como han recibido también allí su cultivo intelectual el gran número de sabios que forman su gloriosa corona.

La Universidad de Lovaina tiene algo característico, que apenas se encuentra en otro centro docente de importancia mundial. Cuando la antes celebérrima Universidad de Oxford, por haber caído en manos de los ministros anglicanos, perdió el entusiasmo con que había luchado por la Iglesia católica, y la no menos famosa Sorbona de París, olvidando su esplendoroso pasado, se ha convertido en nido donde se desarrollan al tibio calor de la indiferencia religiosa multitud de errores, cuando nuestra célebre Universidad de Salamanca, oprimida, sin duda, por el peso de los acontecimientos políticos y sociales, que nos han conducido al lamentable estado en que nos vemos, es hoy sombra apenas perceptible de lo que fué en un lejano pasado; la Universidad de Lovaina, en el larguísimo transcurso de más de siete siglos, se sostiene firme y victoriosa en el corazón de Europa, desafiando las iras de los enemigos de la fe; colocada constantemente, salvo en muy cortos intervalos, al lado de la Iglesia de Cristo, combate con Ella, por medio de las armas de la razón bien dirigida, el sofisma bajo sus múltiples formas; y el tiempo, que se complace en arruinar aún las obras más gigantescas de las genera-

ciones que nos precedieron, se retira respetuoso ante los vetustos muros de la defensora de la Iglesia, como si sintiera que de su ruina pudiese proceder detrimento para la Obra eterna de Jesucristo.

La Universidad de Lovaina es hoy la Universidad Católica por excelencia; es la Universidad que, poseyendo fama científica mundial, tiene como principal motivo de legítimo orgullo el de no defender otras doctrinas más que las compatibles con las del dogma católico, o por mejor decir, es la que ha tomado como nobilísimo ideal de sus profundas tareas patentizar que sólo error puede encontrarse fuera de las salvadoras máximas del Santo Evangelio, evidenciando al mismo tiempo la conformidad de los principios religiosos con las verdades firmes e incontrastables definitivamente adquiridas para la ciencia. Y es tanto más digna de la labor de los sabios profesores de esta Universidad, cuanto que desde algún tiempo a esta parte, la ciencia parecía haberse hecho, en cierto modo, patrimonio de los impíos, o por lo menos de aquéllos que no pasan de tener a la Religión en un lugar secundario. Sería largo citar a los profesores que en el ejercicio de la enseñanza y por sus trabajos en el campo de las ciencias han alcanzado celebridad europea, por lo mismo reconocen y confiesan francamente los partidarios de otras ideas religiosas y aun los enemigos de todo dogma, que la Escuela de Lovaina no puede ser mirada con desprecio, viéndose obligados, no sin pesar suyo, a considerarla como una unidad de valor positivo muy grande en el vastísimo concierto de la intelectualidad moderna.

Bélgica es el país de las profundas armonías: en él tienen acorde perfecto la política noble, la política que aspira a levantar el nivel económico, intelectual y moral de los pueblos a que rige y la veneranda fe católica, abandonada como principio político en la inmensa mayoría de las naciones: en Bélgica, en las aulas del *Alma Mater Lovanensis,* se dan el más cordial abrazo la ciencia, esa ciencia orgullosa en otras partes y desdeñosa de apellidarse cristiana, y la Religión de nuestros mayores, única fuente de las sublimes verdades para cuya adquisición trabaja con celo incansable quien desea orlar sus sienes con la aureola de la Sabiduría.

M. R.

Tarrasa

UN CUENTO DECENAL

LA CRUZ DEL DUENDE LOCO

En un instante halláronse los vecinos de Villagloria reunidos en la plazuela que existe frente a la iglesia: acababan de oir la misa última, y con la singular alegría que despierta un día festivo disponíanse a dar el paseo tradicional por *la calle de las acacias,* como llamaban al camino que conducía al cementerio. Costumbre original y particular de aquel pueblo resultaba la de visitar los domingos a

los que ya se fueron; pero más particular y original era que al llegar a las puertas del campo santo, rodeando al señor Cura, explicara éste a aquellas sencillas gentes una historieta de la que pudiera entresacarse algún ejemplo práctico.

Era el Cura un venerable anciano de rostro agradable y tranquilo, envuelto en una especie de aureola de bondad y sencillez que encantaba a los que le conocían. Profesábanle en la villa un cariño sin límites, gustando a todos hasta lo sumo su paternal compañía y simpático hablar; de modo que no resultará cosa extraña el decir que, apenas fué notada su llegada, le rodearon todos, y al par que le saludadan, recibían aquella sonrisa santa del pastor, que denotaba satisfacción inmensa por el buen fruto que sus consejos habían germinado.

En compacto grupo, como un enjambre de zumbadoras abejas, emprendieron el camino del cementerio.

El día era ameno y bonancible; un aire tibio, impregnado de suaves aromas y balsámicos perfumes, envolvía en torbellino embriagador el simpático grupo que pausadamente ascendía por *la calle de las acacias;* el sol batía con fuerza, y a pesar de la espesura del ramaje hacía sentir su acción ardiente, imposibilitando dirigir la vista hacia el pináculo de la cuesta en la que se destacaba, cual foco flotante de vida, entre las empinadas copas de los cipreses que rodeaban el campo santo.

Sacó el Cura de sus bolsillos un pañuelo de cuadros colorados, y en tanto procuraba imponer silencio enjugóse gruesas gotas de sudor que caían de sus plateados cabellos. Callaron las bocas como por ensalmo, concentrando todos su atención en los labios del anciano, quien, dejando escapar una sonrisa de paternal satisfacción, les dijo:

— ¿Conocéis la leyenda del *duende loco?*

La respuesta fué un murmullo que expresaba afirmación en unos y negación en otros.

— Pues hoy pienso hablaros de ella, ya que no deja de ser interesante.

Vislumbraron aquellas gentes una narración simpática y agradable, obligándoles su ansiedad a apretar con firmeza el paso hasta llegar a la plazoleta de *los plátanos,* en medio de la cual se destacaba una cruz de piedra, que por el apodo que le dieron los habitantes de aquellos contornos recordaba la leyenda evocada poco antes por el Cura. Allí terminaba *la calle de las acacias,* frente a la cual, como cortándole el paso, levantábanse las paredes del recinto sagrado, que cubiertas de enredaderas, campanillas, pámpanos y redes de follaje, más parecían encerrar encantado jardín que mansión de muertos.

Sentáronse todos a la sombra de los árboles, y el bueno del Párroco dió comienzo a su narración.

* * *

A la orilla de un arroyo, entre los álamos y sauces de su ribera, sin que jamás se hubiese sabido cómo ni de dónde vinieron sus moradores, había una cabaña. Habitábanla en un principio una mujer ya encorvada por los años con una niña de corta edad, a quien la vieja llamaba su hija; pero vino a juntarse a ellas, poco después, un mozalbete, hijo del pueblo, que, huérfano y desamparado, con sed de amor familiar, creyó encontrar, en aquella niña de cabello azabachado, una hermana, y en la viejecilla de pálido rostro otra madre que parecía sonreirle como la que en pasados días le estrechaba en su regazo.

Tano, llamábanle a aquel chicuelo desamparado que hasta entonces había vivido de la limosna que pudieran darle en el cortijo del tío Salvador, a cambio de la cual exigíanle llevara cada mañanita la leche al pueblo, que más de una vez y muy a pesar suyo se le había vertido triscando por entre peñascos en persecución de mariposas y saltamontes. Entonces, cuando esto le acontecía, el pobre muchacho volvía llorando al cortijo, en donde, por castigo de su falta, privábanle de la comida. ¡Cuántas veces, cuando venía la noche, acostado en su lecho de paja al lado de los animales, envidiaba a éstos el pienso que les daban!

Llegó un día en que Tano se fué a encontrar a tío Salvador y manifestóle que no dormiría más allí, pues había encontrado ya un hogar. Tío Salvador, aunque compasivo, encogióse de hombros ante la resolución del muchacho, quien desde aquel día, al empezar a anochecer, dirigíase hacia la cabaña de la *bruja,* como los campesinos empezaron a llamarla.

Bruja, apodaron a aquella mujer misteriosa, de carácter tan sencillo y simpático, y más de una vez, ante los gritos de los chiquillos que la insultaban llamándola con este nombre a grandes voces, mientras ella recibía sin protesta aquella lluvia de improperios, el pobre de Tano había cerrado sus pequeños puños indignado contra tal injusticia.

Pasaron años, y Marujilla, aquella niña criada a orillas del arroyo, era ya una mujercita; la *bruja* ostentaba en su cabeza sólo unos cuantos cabellos de un blanco amarillo, y Tano, con las diez y siete primaveras que había visto, se consideraba un hombre, trabajando en aquel cortijo de grandes recuerdos para él. Fué tal vez en la primavera del año a que me refiero, al despertar la naturaleza, que Tano abrió su corazón a Marujilla y le habló claro... muy claro, y sin duda en su lenguaje tosco y sencillo, debió decirle no pocas cosas conmovedoras. Se amaron, contribuyendo aún más la miseria y el hambre a estrechar el sentimiento que sus pechos sentían, y todo aquel verano pasáronlo feliz con dulces coloquios de amor, que velaba como ángel tutelar la triste sonrisa de una madre apenada.

Vino el invierno, siendo este un verdadero azote para toda la campiña, desmantelando los campos y arboledas el fiero huracán, que

sopló cual nunca: la cabaña de la *bruja* sufrió grandes desperfectos, y hasta llegó un día en que al volver Tano de su trabajo hallóse casi sin vivienda, a más de Marujilla desconsolada llorando ante el cuerpo de la viejecilla, que había sucumbido víctima del frío y el hambre. Entonces fué cuando el buen muchacho, comprendiendo lo triste de su situación, juró ante el cadáver helado de la que fué su segunda madre, con voz entrecortada por las lágrimas, vivir y trabajar siempre por Marujilla. Lloraron mucho aquel día los dos infelices, y la noche siguiente, pasada al lado del cuerpo exánime de un ser querido, fué una noche triste de amargura y pena para los dos enamorados.

Aquel invierno continuó su acción devastadora, siendo terrible en sus consecuencias para la campiña, que quedó con los campos limpios de toda hierba.

Tano estaba desesperado, pues ya tío Salvador había cerrado su cortijo, hasta el cual llegó también la miseria, e inútil asimismo era esperar de la caridad de nadie, porque todo el pueblo tocaba de cerca la crudeza del tiempo. Veía de continuo a Marujilla, con la palidez de su rostro demacrado, pedirle pan y abrigo, consumiéndose Tano de dolor al no poderla auxiliar.

Un día, de vuelta de buscar leña, le pareció verla más débil, más pálida aún, y, abatido, sin saber que resolución tomar, salió de la cabaña, abrumado por la desesperación, encaminando sus pasos instintivamente hacia un bosque vecino. Tumbóse luego bajo un árbol, permaneciendo así largo rato, cuando, de repente, creyó oir distintamente las pisadas de un hombre. En efecto; era un cazador que, por las trazas, andaba perdido y desorientado. Ocurriósele en seguida a Tano sacarlo de dudas; mas, al disponerse a ponerlo en práctica, se detuvo como herido por un mal pensamiento: sus ojos acababan de fijarse en un zurrón repleto de provisiones que el cazador llevaba. Allí vió el muchacho pan para Marujilla, que ciertamente en aquellos momentos sufriría cual nunca los rigores del hambre, y sin reflexionar lo que iba a hacer, abalanzóse de improviso como una fiera sobre aquel hombre, arrebatóle el zurrón que llevaba, emprendiendo luego una fuerte carrera sin dirección fija.

Había ya anochecido; mas, a pesar de todo, Tano aún corría. Comprendió que acababa de cometer una mala acción, y el temor hacíale ver en las sombras de la noche perseguidores y vengadores de su falta.

Corría, corría....; pero ahora ya no era alucinación suya, sino que claramente oía a sus espaldas los pasos de una persona que le seguía gritando, impidiéndole el silbido del viento percibir las palabras que profería. El temor se apoderó entonces aún más de Tano; las pisadas eran cada vez más cercanas; veíase ya cogido y llevado ante la justicia; pero sobre todo parecióle que le arrebataban aquellas provisiones que destinaba a Marujilla. Agolpáronse a su mente multitud de pensamientos, de improviso detúvose, miró a su alrededor, encontrándose frente a las tapias del cementerio, e impasible, dejando el zurrón al suelo, esperó en la obscuridad aquella sombra

que le perseguía, y sin reflexionar lo más mínimo sacó súbitamente un cuchillo de monte que llevaba, hundiéndolo en el cuerpo que acababa de acercársele.

Sonó en aquel instante un grito de dolor, seco y penetrante, un grito que hizo retroceder de espanto a Tano.

Acababa de reconocer en aquella voz a Marujilla, y cayendo de bruces sobre el cuerpo de la infeliz, prorrumpió en gran llanto. Abrazó contra su pecho aquel cadáver aún caliente; mas, de pronto, levantóse, estallando en una fuerte carcajada: era la carcajada histérica del loco.

A la mañana siguiente encontraron unos campesinos el cadáver de la infortunada Marujilla, y en el lugar del hecho colocóse esta cruz que ahora veis.

Tano, el infeliz asesino, anduvo aún mucho tiempo por estos parajes en estado de demencia, llamado por todo el pueblo *el duende loco,* hasta que un día hallóse su cuerpo yerto abrazado a la cruz, que desde entonces tomó su nombre.

***

Aquí acabó el cura, y al levantar la vista hacia su auditorio, pudo contemplar todas aquellas gentes que, en mutismo absoluto, fijaban sus ojos con cierto temor en aquella cruz de triste leyenda. Sin embargo, recogió a su diestra las siguientes palabras que un pastor escurrió al oído de una bella zagala:

— También sé yo la historia de una cruz, pastora; mas no de duende loco, sino de doncel muy cuerdo.

JOAQUÍN CODERCH NIELLA
Académico Supernumerario

Barcelona, 15 febrero de 1913.

ORO VIEJO

ANTE LA SEPULTURA DE LA AMADA

Este soneto, que es uno de los mejores de Garcilaso de la Vega, se halla transcrito del tomo *Garcilaso-Obras,* de la colección CLÁSICOS ESPAÑOLES.—Madrid. Ediciones de «La Lectura». 1911. Página 234 Es el soneto XXV de dicha edición, reproducción de la famosa de Fernando de Herrera.

¡Oh hado esecutivo en mis dolores,
cómo sentí tus leyes rigurosas!
Cortaste el árbol con manos dañosas
y esparciste por tierra fruta y flores.

En poco espacio yacen mis amores
y toda la esperanza de mis cosas,
tornadas en cenizas desdeñosas
y sordas a mis quejas y clamores.

Las lágrimas que en esta sepultura
se vierten hoy en día y se vertieron
recibe, aunque sin fruto allá te sean,

hasta que aquella eterna noche escura
me cierre aquestos ojos que te vieron
dejándome con otros que te vean.

ORO NUEVO

DEL LIBRO DEL DOLOR

La sed que la fiebre aviva
en la llanura desierta
— ¡postración de alma muerta
dentro de la carne viva!

Y un afán, sólo un afán
de paz y renunciamiento....
— ¡Canciones que trajo el viento
y que en el viento se van!

¿ Y los brazos enlazados
al cuello, en despedida?
— ¡Pobres brazos de la vida
bajo la tierra olvidados!

Siempre lo desconocido
la sombra que le acompaña
y el filo de una guadaña
sobre el cuello suspendido.

Y la inquietud de morir
y el espanto de nacer....
— ¡De nuevo volver a ser
para volver a sufrir!

FRANCISCO VILLAESPESA

LA HISTORIA DE LAS MATEMÁTICAS

IV

ESCUELA PITAGÓRICA

Nació Pitágoras en Samos el año —569 y murió en—500. Aconsejado por su maestro Anaximandro fué a Egipto, permaneciendo algunos años en Tebas y en Memfis, viajó luego por el Asia Menor y vino a establecerse en Samos, donde abrió una escuela sin éxito. Hacia el —529 emigró a Sicilia, pasó a Tarento y por fin, en Crotona, colonia dórica del sur de Italia, abrió la escuela que muy pronto alcanzó gran renombre. Eran sus discípulos ciudadanos de todas las clases sociales, especialmente de la aristocracia. Hasta las mujeres, infringiendo una ley que les prohibía asistir a las reuniones públicas, acudían en

tropel para escucharle; entre las más entusiastas figuraba la hermosa Teano, con la que se casó, a pesar de una gran desproporción en la edad.

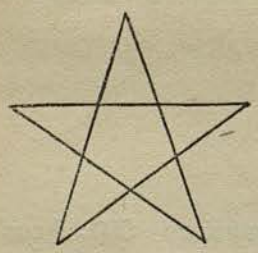
Era Pitágoras filósofo y moralista religioso; su filosofía y su moral tenían por base las Matemáticas. Agrupaba a sus discípulos en dos categorías o clases : los *auditores* y los *matemáticos*. En general, un auditor estudiaba tres años para ser iniciado y entrar en la segunda clase donde se le confiaban los descubrimientos secretos de la Escuela.

Los Pitagóricos, por tales se entiende los del segundo grupo, formaban como una cofradía cuyos miembros tenían sus bienes en común, las mismas creencias, los mismos ideales y se comprometían mediante juramento a no revelar ninguno de los conocimientos adquiridos por la Escuela, siendo para ella la gloria de todo descubrimiento. La violación de este juramento se castigaba tan severamente que, según se cuenta, Hipasus fué ahorcado por vanagloriarse públicamente de haber añadido el dodecaedro al número de poliedros regulares enumerados por Pitágoras. Su severa disciplina les obligaba a una vida metódica dirigida a establecer en sus familias la presencia de espíritu, la templanza, la pureza y la obediencia.

La mayor parte de los discípulos de Pitágoras eran auditores; pero su filosofía les servía de guía en la vida política y social. Contaba la asociación con miembros afiliados en muchas ciudades y, merced a su organización especial y a su rigurosa disciplina, llegó a alcanzar gran influencia política.

Uno de los símbolos que los Pitagóricos empleaban para reconocerse era el pentagrama, llamado también triple triángulo, esto es, un pentágono regular estrellado, que consideraban como símbolo de la salud, atribuyéndole cierta importancia mística. Es interesante la siguiente anécdota :

Viajando un Pitagórico enfermó en una posada, donde se detuvo para pasar la noche; era pobre y no podía continuar su camino; mas el posadero, hombre compasivo, lo cuidó caritativamente, haciendo cuanto pudo por restablecer su salud. A pesar de sus cuidados el enfermo empeoraba. Comprendiendo éste que iba a morir y no pudiendo pagar la deuda contraída pidió una tabla, dibujó en ella la estrella simbólica y rogó al posadero que la colocara en el exterior de su casa, donde todos los transeuntes pudieran verla, asegurándole que, de este modo, un día u otro sería recompensada su caridad. El estudiante murió y la tabla fué expuesta como había pedido.



Andando el tiempo, el símbolo sagrado llamó la atención de un viajero, que entrando en la posada y escuchando el relato de su dueño le recompensó espléndidamente.

El tetraedro era también un símbolo sagrado. La ciencia de los números era la base de la filosofía Pitagórica, atribuyendo propieda-

des físicas a los números y a las figuras: por ejemplo, el número cinco simbolizaba el color; el origen del fuego estaba en la pirámide; un cuerpo sólido era análogo a un tetraedro, que representaba la materia como compuesta de cuatro elementos: el fuego, el aire, la tierra y el agua.

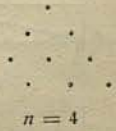
Para Pitágoras, la ciencia de los números encerraba el fundamento de la teoría del universo; parece que adquirió esta opinión al descubrir que la nota dada por una cuerda vibrante dependía solamente, en igualdad de las demás condiciones, de la longitud de la misma, y que las longitudes de la cuerda que producían una nota, su quinta y su octava eran entre sí como los números 6, 4 y 3, formando una progresión *musical*. Por esto la música constituía uno de los principales ejercicios de la Escuela. Suponía que las distancias entre la tierra y los planetas estaban también en progresión musical y que el movimiento de los astros a través del espacio producía sonidos armoniosos, de aquí la locución «la armonía de las esferas».

Dividía las cuestiones matemáticas en cuatro secciones: los números absolutos, Aritmética; los números aplicados o la música; las magnitudes en reposo, Geometría, y las magnitudes en movimiento, Astronomía. La exposición de estas doctrinas iba siempre mezclada con la filosofía y la obscura metafísica, debida a la desgraciada tendencia que impulsaba a los griegos a basar el estudio de la naturaleza sobre conjeturas filosóficas y no en observaciones experimentales.

ARITMÉTICA. Comprendía cuatro partes, que trataban: 1.ª, de los números poligonales; 2.ª, de los factores de los números; 3.ª, de los números en proporción; 4.ª, de las series numéricas.

Pitágoras divide los números en pares e impares. Todo número impar $2n+1$, era considerado como la diferencia de dos cuadrados $(n+1)^2$ y n^2 y se designaba con el nombre de *gnomon*. El producto de dos números era un *plano;* si el producto no tenía raíz cuadrada exacta era un *oblongo*. El producto de tres números era un *sólido* y si los tres números eran iguales, un *cubo*.

Un número triangular representa el número total de objetos o puntos dispuestos en filas sobre un plano, de tal manera, que la última línea contenga n, y las filas sucesivas, subiendo hasta la primera, uno menos que la precedente; un número triangular es, pues, igual a la suma de los términos de la serie



$n = 4$

$$\div n \,.\, n-1 \,.\, n-2 \,.\,.\,.\,.\,.\,.\,.\, 3 \,.\, 2 \,.\, 1$$

En el número triangular que representa la figura, $n=4$; dicho número es, por lo tanto, $4+3+2+1=10$.

La suma de los n términos de aquella progresión es $\frac{n(n+1)}{2}$; esta es la expresión de todo número triangular.

Poco se sabe de los descubrimientos Pitagóricos sobre los divisores de los números; por este concepto se clasificaban los números

en *abundantes, perfectos* y *deficientes*. Número abundante es aquel que, como el 10, es *más grande* que la suma, $1+2+5=8$, de todos sus divisores. El 6 es un número *perfecto* porque es *igual* a la suma $1+2+3=6$ de sus divisores. El 12 es un número *deficiente* por ser *menor* que la suma $1+2+4+6=13$ de sus divisores. A nada útil conducen las investigaciones sobre este particular; pero los Pitagóricos se vanagloriaban de investigar para adquirir, no la fortuna, sino nuevos conocimientos; una de sus máximas era «una figura y un paso más, no una cifra para ganar tres óbolos».

Por último, trataban los Pitagóricos de las series de números formando progresiones: aritmética, geométrica, armónica y musical. Las tres primeras son bien conocidas; en cuanto a la última, cuatro números están en progresión musical cuando son entre sí como las expresiones

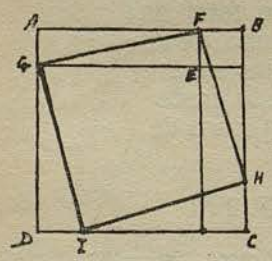
$$a, \quad \frac{2\,a\,b}{a+b}, \quad \frac{a+b}{2}, \quad b$$

por ejemplo, 6, 8, 9 y 12 forman una progresión musical.

GEOMETRÍA. — Empieza con una serie de definiciones que servían más que para explicar los términos empleados, para enlazar con su filosofía las ideas matemáticas.

Pitágoras demostraba que la suma de los ángulos de un triángulo vale dos ángulos rectos. Su demostración viene a ser la misma que da Euclides.

Demostró las propiedades de los triángulos rectángulos. Bien conocido es el teorema que dice: El cuadrado construído sobre la hipotenusa es equivalente a la suma de los cuadrados construídos sobre los catetos. La demostración de Pitágoras es la siguiente: Todo cuadrado, ABCD, se puede descomponer en dos cuadrados, EB, ED, y dos rectángulos, EA y EC, lo que equivale a decir: el cuadrado ABCD es equivalente a la suma de los cuadrados construídos sobre FE y EG más cuatro veces el triángulo AGF. Pero si sobre los lados BC, CD y DA se toman los puntos H, I, G, de manera que



$$BH = CI = DG = AF$$

la figura FHIG es un cuadrado, y los triángulos AGF, BFH, HCI y GDI son iguales. Luego el cuadrado ABCD es también equivalente al cuadrado construído sobre FG más cuatro veces el triángulo AGF, por lo tanto:

$$\text{cuadrado } GH = \text{cuadrado } ED + \text{cuadrado } EB$$

o bien: el cuadrado construído sobre la hipotenusa GF es equivalente a la suma de los cuadrados construídos sobre los catetos GE y EF.

Se atribuyen a Pitágoras algunos teoremas del libro I de los Elementos de Euclides. Demostró que sobre un plano, la superficie

alrededor de un punto puede ser cubierta exactamente por triángulos equiláteros, cuadrados o exágonos regulares. Dícese que creyeron encontrar la cuadratura del círculo, la más perfecta de las figuras planas. Conocían la existencia de cinco sólidos regulares inscriptibles en la esfera, considerada por ellos como el más bello de los sólidos. De su lenguaje se deduce que tenían noción de las magnitudes irracionales, y hay razones para creer que Pitágoras demostró la inconmensurabilidad del lado del cuadrado con su diagonal. Parece ser que este descubrimiento hizo que los griegos excluyeran de su Geometría los conceptos de número y medida.

La escuela Pitagórica continuó prosperando durante unos 150 años después de la muerte de su fundador, siendo Tarento el centro de reunión. De los Pitagóricos que continuaron las enseñanzas de su maestro solamente Archytas fué reconocido como nuevo jefe, cerca de un siglo después. La fama y la influencia de Archytas era tanta, que por siete veces fué elegido gobernador de Tarento. Resolvió uno de los problemas más célebres de la antigüedad, la duplicación del cubo, que veremos más adelante. Fué el primer Pitagórico que aplicó sus conocimientos a la mecánica: se le atribuye la invención de la polea, de una máquina voladora y de algunos ingeniosos juguetes mecánicos. Inventó algunos instrumentos para el trazado de las curvas y resolución de problemas.

A fines del siglo V antes de J. C. fué Atenas el principal centro de estudios matemáticos; prescindiendo de algunas escuelas menos importantes, consideramos la escuela de Atenas como sucesora de la Pitagórica.

Manuel Guiu Casanova
Académico de Número

LO QUE SE LEE

Con Dorregaray y La Columbiada, por Ciro Bayo

Yo recuerdo haber dicho en mi crítica de *Chuquisaca o la Plata perulera*, de este viajero observador que se llama D. Ciro Bayo, que, además de muchos otros méritos, sus obras tenían el grandísimo de la originalidad. Y no sólo no me arrepiento de haberlo escrito, sino que me ratifico en ello al convencerme completamente de este gran avaloramiento de sus libros cada vez que la ocasión pone en mis manos sus nuevas producciones.

Ahora acabo de leer dos seguidas. *Con Dorregaray y La Columbiada*, de la que el notable escritor me ha favorecido con un ejemplar dedicado.

Yo no conozco a Ciro Bayo, yo he sido el primer sorprendido al recibir un libro suyo, rubricado para *Danilo*, y, por lo tanto, nada me obliga a alabarle. Su galantería conmigo me hace ser agradecido, pero no me obliga a ser parcial. Pues bien, por sobre todo ello, yo

aseguro a mis lectores que Ciro Bayo es un gran escritor. La correría por el Maestrazgo que relata en *Con Dorregaray*, es un cuadro admirable, es un trozo de realidad aprisionado virilmente, intelectualmente entre las páginas de un volumen correcto y coquetón. Sus descripciones de actos guerreros conmueven y convencen, y, sobre todo, la delineación de los tipos perfecta. Y va un ejemplo. Se discute un curioso desafío y se habla de arrogancias de linaje y estirpe. Un francés, que se llama *Gourim* a secas, asegura ser descendiente de nobles, y para probarlo relata la declaración pintoresca de un abuelo ante un tribunal que sospechaba del realismo de un título. Ingenuamente dice que sucedió así:

— «¿Cómo os llamáis?
— *Je suis le marquis de Saint-Cyr.*
— *Il n'y a pas marquis.*
— *De Saint-Cyr* (repuso mi abuelo rebajando la medida).
— *Il n'y a pas de* DE.
— *Saint-Cyr.*
— *Il n'y a pas de Saint.*
— *Cyr.*
— *Il n'y a pas de Sir.*»

. . . . . .

Esto es un detalle pequeñísimo en que me fijo, comprendiendo que es de los insignificantes; pero que de ocuparme de los grandes datos de observación, literatura y sabia experiencia, que se demuestran bien claramente en *Con Dorregaray*, me extendería, no pudiéndolo hacer por la tiranía de la página impresa.

De *La Columbiada* debo decir que ofrece al lector otro aspecto del talento de Ciro Bayo. Es la obra de un poeta, de un gran poeta, cuya fantasía cristaliza en unos renglones sentidos y vibrantes, al par que su pluma traza sobre la nítida blancura de la cuartilla. Esta inspiración se nota en toda la obra, desde el *Argumento* hasta *¡Excelsior!* pasando por los interesantísimos capítulos del poema *La Atlántida, Los Argonautas, El pico de Teide, Las Islas encantadas, Leyendas marineras, ¡Ave Maris Stella!, Mar tenebroso, Buenas esperanzas* y *La visión de Colón*, que es sencillamente magistral. Aunque pienso dedicar la sección de *Oro nuevo* del próximo número a Ciro Bayo, no puedo resistir al deseo de copiar, para solaz de mis lectores, este vibrantísimo párrafo de *La visión de Colón* (Canto IX del poema).

. . . . . .

A nadie se le ocurre que a medida
avanzamos en épica jornada
más difícil y larga la venida
luego será en viaje de tornada.

¡Qué fácil siempre ha sido la salida!
¡Qué penosa después la retirada
del campo de batalla o de los mares
iguales en obstáculos y azares!

Mas lo mismo el marino que el guerrero,
del miedo no hacen caso ni memoria,
cuando a la lid o al piélago altanero
se lanzan por la patria o por la gloria.

Seguir siempre adelante es lo primero
para lograr en todo la victoria.
¡La fortuna sonríe al atrevido:
quien no sepa vencer, ya está vencido!

. . . . . .

Esta gran obra, *La Columbiada*, es un nuevo timbre de gloria para este viajero observador y literato notable que se llama D. Ciro Bayo.

DANILO

INDICE BIBLIOGRÁFICO

Libros llegados a nuestra redacción durante la decena anterior.

Guía del cristiano, por M. Romero. —Sevilla. Imp. Francisco de P. Díaz, Plaza Alfonso XIII, 6. 1911. Depositario en Barcelona Luis Gili, Clarís, 82, Barcelona.

Padre nuestro que estás en los cielos, por el P. Jaime Nonell, S. J.—Luis Gili, editor. Clarís, 82, Barcelona, 1912.

Cáracter distintivo de la música eclesiástica, por el Dr. Angelo Masoni. Luis Gili, editor. — Clarís, 82, Barcelona, 1913.

Además, hemos recibido la importantísima colección de obras y opúsculos, publicados hasta el presente por el Instituto de Reformas Sociales, lo mismo que los folletos que ha dado a luz el Museo Social de esta ciudad.

Lo agradecemos profundamente.

DOS NOVELAS

DE LA LUZ A LAS TINIEBLAS, DE LAS TINIEBLAS A LA LUZ

A San Agustín siempre se le cita con gusto, y lo que es más, con ventaja y aprovechamiento espiritual. Su palabra ha conmovido a millones de almas. No hay que extrañarlo. San Agustín es un genio, y por añadidura, un genio unido a la santidad. Por esto su palabra es eminente, parece como si se desprendiese de un nuevo Sinaí, y se desprende, en efecto, de las cumbres del espíritu; y bien que ilumina y fulgura a manera de relámpago, no por esto deja de tocar al hombre en su raíz; le toca en sus profundidades más íntimas y le enciende y le eleva, y le arrebata, por fin, hasta aproximarlo a Dios.

Comúnmente se compara a Tomás de Aquino con Agustín. Son dos astros de primera magnitud, se dice, dos soles de la Iglesia. Y se dice verdad; pero con la diferencia de que Tomás de Aquino es el sol de la inteligencia y por su medio lo es del espíritu, mientras que Agustín es primariamente el sol del espíritu, y siéndolo del espíritu y por lo mismo que lo es, lo es igualmente de la inteligencia. Uno y otro regalan a la Iglesia riquísimo y esplendoroso patrimonio;

Tomás, el de la ciencia, unida íntimamente a la Teología; Agustín, el de la Mística, que está también unida a una gran ciencia. Tomás de Aquino transfunde a la Iglesia su ciencia, su método, su orden lógico, con una grandeza y una regularidad y precisión tan admirables, que nadie, hasta el presente, le ha sobrepujado, ni aun puede compararsele; mientras que Agustín transfunde a la Iglesia su propia alma, alma cálida, henchida de fervor religioso, toda abrasada en el fuego del amor divino, la que se exhala con unos acentos tan vigorosos e intensos y con rasgos de una penetración tan honda, que trasladan a las atónitas miradas de los hombres la visión de la eterna belleza y de la eterna vida. Muerto Agustín, habla con mucha mayor elocuencia que muchos vivos. Y del mismo modo, al traducir exteriormente sus luchas interiores, lo hace en términos tales, que después de mil quinientos años apenas hay hombre que no haya sentido reproducidas en sí y en mayor o menor escala las vicisitudes por que pasara el alma de Agustín.

Tomad y leed sus *Confesiones*. ¡Qué lucha! ¡qué colosal batalla! La larga e interminable serie de guerras que han asolado la tierra desde que el mundo es mundo y que desfilan ante nuestros ojos al revolver las páginas de la Historia, no son sino prolongaciones, reflejo, imagen, cruenta eso sí, de esa perenne lucha que se libra en los campos de las intimidades del alma humana. Diríase que el hombre es un soldado que se mantiene constantemente en pie de guerra, porque antes y primeramente está en guerra consigo mismo y necesita desfogarse a su manera para olvidar, en lo que sea posible, su lucha interior. Por poco que os coloquéis frente a frente de vosotros mismos, substraídos, siquiera sea un momento, a esa balumba de cosas exteriores que os abruman y os matan y aniquilan espiritualmente; y si a esta condición juntáis otra que también es precisa para entender a San Agustín, la de ser sinceros con vosotros mismos y poner la sinceridad en vuestros labios, exclamaréis sorprendidos ante la viveza del colorido con que habla de sí San Agustín: «ese que me habla, soy yo, idéntica cosa es lo que me pasa, su retrato es mi retrato, su vida es mi propia vida, su lucha es mi lucha interior». Exclamación que se escapará de vuestros pechos, no ya solamente colocados en el trance crítico y decisivo de convertiros a Dios, sino aun después de a Dios convertidos, en el continuo vaivén y en las inacabables alternativas de vuestra vida interior tal como a vosotros mismos se presenta.

Así como el apóstol San Pablo pone el campo de batalla en ese punto indefinible de intersección que va de la carne al espíritu y del espíritu a la carne, diciendo de la una *que tiene deseos contra el otro y recíprocamente;* San Agustín lo coloca en otra parte, al parecer distinta, en el fondo la misma; vé, siente y palpa que el conflicto se plantea entre lo que el Santo Doctor llama dos voluntades, la una superior, la otra inferior, partes de una misma voluntad, razón por la cual ninguna de ellas es cabal y perfecta, *siendo precisamente lo que una tiene lo que a otra falta*. Es lo que nosotros constantemente

llamamos voluntad *enajenada* la una, voluntad *propia* la otra, entendiendo por esta última la individual, la estrecha, la mezquina, la que recibimos del *yo* rudo y primitivo de la naturaleza (artículo 3.º de esta misma serie), y entendiendo por la otra la que se ha juntado a la de Dios, se ha hecho suya la de Dios de un modo u otro, explícita o implícitamente, por medio de un acto virtual de referencia suprema, o lo que es más perfecto todavía, por medio de un acto, *ahora* y *aquí* presente, de esta misma referencia suprema, siendo, por consiguiente, la voluntad enajenada una verdadera accesión de voluntades, la de la criatura y su Creador, la del hombre y su Dios y Señor.

La *inmaterialidad* es condición de la voluntad enajenada, la *materialidad* es condición de la voluntad propia. Esto quiere decir muchas cosas, y entre ellas la principal y la que hace actualmente más a nuestro propósito, es que el conocimiento que acompaña a la voluntad enajenada tiene lugar en una esfera muy superior a la en que se efectúa el conocimiento concomitante de la voluntad propia. Son ideas puras, claras, distintas, verdaderas ideas, las que determinan el conocimiento de la voluntad enajenada; y, por el contrario, son ideas-imágenes, idealidades más bien que ideas, mixtificaciones prácticas de ideas, las que determinan el conocimiento de la voluntad propia. En otros términos, la luz preside a la voluntad enajenada; las tinieblas, mezcla de luz y de sombras, porque absolutas tinieblas no pueden darse en el alma humana, presiden a la voluntad propia.

La profunda doctrina de Santo Tomás de Aquino acerca del conocimiento en sus relaciones con el grado mayor o menor de inmaterialidad de los seres, tiene aquí cabida y aplicación perfectas. Dijo el Santo: *cognitio sequitur immaterialitatem;* y también, *secundum modum inmaterialitatis est modus cognoscendi,* principios que comprendió el Santo bajo otro principio todavía más general, *onme scitum in sciente ad modum scientis.* Todo lo cual, traducido a nuestro romance y reducido a sintéticos términos, quiere decir que cual es el grado de inmaterialidad que alcanzan nuestras almas, tal es el grado, la naturaleza, la profundidad y universalidad de nuestros conocimientos.

¿Qué son nuestras almas cuando en ellas prevalece la voluntad propia? polvo, ceniza, tierra, nada; ocupan el último peldaño en la escala de los seres inmateriales, y casi, casi tocan las fronteras de la materialidad misma. Por esto decimos de un individuo de quien sorprendemos que en todo obedece principalmente a las sugestiones del egoísmo, o lo que es igual, a los intereses de la voluntad propia «este individuo es muy material en todo, material en su modo de sentir, pensar y querer, y lo mismo en su conducta toda». Con la particularidad de que extendemos calificación semejante, que a la verdad no honra a nadie, a aquel individuo que aun obedeciendo y todo a la voluntad de Dios, según dice, por el modo menguado y mezquino con que le da cumplimiento, sin hacer distinción apenas de las circunstancias y sin entrar en los consejos que de ordinario demanda la complexidad de la vida, más bien parece cumple su voluntad propia

que no la de Dios, la que, además de ser santísima, es siempre amplia, soberana, altísima, y juntamente con todo esto es en realidad y en cada caso particular no fácil de entender, razón por la cual el real Profeta exclamaba y con él exclama toda alma verdaderamente piadosa: «*Da mihi intellectum et scrutabor legem tuam,* Señor, dadme luz y *escudriñaré tu santa ley*».

En cambio, suponed que el alma se ha emancipado de su individualismo propio, que en todo se ha alzado a consideraciones superiores a lo que pueden aconsejarle sus intereses propios, vuelta continuamente hacia arriba, atendiendo tan sólo a la realización de conveniencias, que siempre valen más que las propias del individuo, y que en último término, tratándose de una alma verdaderamente espiritual, no pueden ser sino la expresión de la voluntad suprema de Dios; en una palabra, suponed que la voluntad es enajenada en el más amplio y levantado sentido de la palabra; tenéis entonces el caso de un conocimiento que es, en realidad, superior, conocimiento que podrá ser equivocado o no a consecuencia de la limitación inherente a la inteligencia humana; pero que es de suyo puro, santo y noble, no nacido de las influencias de la voluntad propia, sino antes bien presidiendo a sus operaciones y trazándole una línea de conducta que, por lo mismo que la voluntad es enajenada, ella seguirá fácilmente con fidelidad y amor. Tal fué el estado de nuestros primeros padres antes del pecado, y que se reproduce en nosotros cuando *muertos a nosotros mismos,* para usar el lenguaje del Evangelio, vivimos en una esfera celestial y divina. Somos entonces hijos de la luz, la luz está en nosotros, impera en nosotros el reinado de la luz por la verdad que nos alumbra, y ésta nos alumbra porque dejamos franco paso al cumplimiento de la ley. *Lex est veritas,* dicen las Sagradas Páginas. ¡Profundidad hermosísima de la doctrina cristiana que permanecerá siempre abierta al alma que trate en serio de perfeccionarse!

San Agustín, cuando ya ejercía el magisterio doctrinal de la Iglesia, porque era su Obispo, y por tanto muchos años después de su conversión, al comentar el Evangelio de San Juan en aquel pasaje que dice «amaron los hombres más las tinieblas que la luz» exclama: *¡aquí, aquí, puso todo el nervio de la cuestión el Apóstol!* Y considerando luego la especie de dualismo que se verifica en el hombre, dualismo que antes había visto desarrollarse entre las dos voluntades, según hemos dicho, ahora lo vé vivo, pujante, en recordación sin duda del que había sentido antes, bajo otra forma, bajo la forma de hombre y pecador, y dice: «*el hombre y el pecador son a manera de dos cosas distintas*». Era San Agustín sobrado grande, es decir, tenía sus capacidades todas tan íntimamente penetradas del espíritu de Dios y del espíritu del hombre como hechura de Dios, que lanzando con este motivo una profunda mirada, mirada que va de Dios a la criatura y de la criatura a Dios, cual si venciera en sí la humanidad entera, se dirige a todos y a cada uno de los hombres en particular con esta exclamación soberbia que lo dice todo, que lo resume todo:

¡hombre, borra en ti lo que hiciste, a fin de que se salve lo que en ti hizo Dios!

¡Plegue al Señor que en nosotros se verifique otro tanto y podamos decir aquello del Apóstol: *antes éramos tinieblas, mas, al presente, somos luz en el Señor»!*

JUAN COLOMER, Sch. P.

CRÓNICA ESCOLAPIA

DE CATALUÑA

ESCUELAS PÍAS DE TÁRREGA.—LA FESTA DELS REIS.—A cosa de quarts de set del vespre, del diumenge dia 5, una nodrida banda de música, amb l'abanderat, i els macers de la ciutat, sortiren de la Plaça Major cap a l'indret per on havíen d'arrivar SS. MM.

La regia comitiva, composta d'uns vuitanta personatges, que vestíen riquíssims trajos orientals, oferíen un aspecte verament enlluernador. Anava al devant, l'àngel; seguint una estrella de intensa claror; tres heralds amb llargues trompetes; altres tants patges servant coixins; els tres Reis cavalcant hermosos cavalls que uns criats guiaven; derrera de cada Rei, un grupu de cortisans era portador de l'or, l'incens i la mirra que devía ésser oferta al Diví Infant en l'adoració; cinc carros curulls de joguines amb tres criats en cada un i rodejats d'un grupu d'aquests, que devíen cuidar de la distribució; tres guerrers a cavall que tancaven la comitiva, i al llarg d'ella, dos files d'esclaus enlairant teieres que il·luminaven el conjunt.

Avençant triomfalment al so de música i campanes, per en mig d'una espessa multitut, arrivà la comitiva a la Iglesia Parroquial. L'altar estava radiant de claretat i els sons de l'orgue's confonen amb la remor d'unes quantes mils persones, que s'apretaren per a millor presenciar l'acte de l'adoració, imponent de veritat.

Asseguts en un trono bastit en lo cancell de la porta principal de la Iglesia, procediren los Reis a obsequiar amb juguets a nens i nenes pobres. Sigué aquest un quadro per tots conceptes tan bell que no intentaré pas descriure'l.

L'últim de la festa fou una passada de la comitiva per tots los carrers, repartint juguets en abundancia i omplint de joia als infants.

Aquí teniu, amables llegidors, una mala explicació de la Festa del Reis, una de les mellors que's fan a Tàrrega i que's deu en primer terme, a la Congregació de la Mare de Deu de Montserrat i Sant Josep de Calasanz, baix la direcció dels PP. Escolapis.

(De *Lo Pla d'Urgell*).

EL CRONISTA

PEQUEÑECES

Un sencillo campesino de nuestra montaña tuvo necesidad de viajar en tren. Va a la estación, toma billete, entra en el andén y sin preguntar a nadie en dónde debía meterse, por temor de ser engañado, sigue coche por coche, deletreando los distintos rótulos. Al fin llega a un vagón que ostentaba este cartelón «Equipajes». Nuestro buen campesino subió decidido al vagón, diciendo para sí: «se creerán ésos que me van a tomar el pelo. Sabiendo leer un poco, se puede ir a cualquier parte. Este es mi lugar y aquí voy a acomodarme.»

Afortunadamente o desgraciadamente, como Vds. quieran, antes de ponerse el tren en marcha, uno de los empleados subió al vagón

de los equipajes para embarcar un bulto, y al ver a nuestro héroe semiechado sobre su manta y con un fardo por almohadón, le dijo: A ver, buen hombre, si baja V. de aquí; éste no es el lugar de los viajeros. — ¿Cómo no? repuso con aire de triunfo el campesino, a mí no me la pegan; he leído el rótulo y a mí no me engaña nadie. — Pero, ¿qué rótulo? — El de ahí fuera, hombre. ¿V. no sabe leer? Pues ya se lo leeré yo. Mire V. qué dice: *Aquí, pagès.* — Pero ¿está V. loco? Esto dice: *equipajes,* es decir, mercancías. — Ah! no señor, a mí nadie me engaña; este es mi sitio y de aquí no salgo ni a tiros. Y el tren se puso en marcha.

Yo soy pequeño; más pequeño que Adanio, que para fastidiarme ha alquilado por esta vez tan sólo el calificativo *petit.* Pues bien; aquí entra el cuento del campesino. Mis compañeros me estaban tentando continuamente: «Pero, hombre, Abelio, a ver si escribes algo; tantas secciones como hay en nuestra Revista. Pero yo miraba y deletreaba los rótulos y no encontraba mi lugar. No había lugar para los pequeños.

El otro día, leyendo LA ACADEMIA CALASANCIA, me encuentro de buenas a primeras con este título providencial: *Pequeñeces.* Ola! me dije yo, como el campesino del cuento, este es mi lugar: *Pequeñeces para los pequeños,* exclamé parodiando la célebre frase de Monroe, y entré decidido en esta Sección, de la cual ya no puedo salir porque el tren está en marcha. Y hasta otro día, Señores.

Pero, dirán Vds., eso no es pequeñez. — ¿Cómo no? ¿Pues qué es? — Eso es una tontería. — Conforme; pero ¿quieren Vds. una cosa más pequeña que una tontería? Pero para que no se diga, ahí va una pequeñez. «A la enseñanza laica del Estado debemos la actual generación, que sólo se dedica a pasar el tiempo en el café, en el cine, en el teatro, y que únicamente cultiva esa literatura inmunda, deshonra de un pueblo civilizado».

¡Clerical! — No importa: ¿por ventura nos está vedado a los pequeños ser clericales? Es como si atacando la ignorancia me dijeran ustedes ¡sabio!, o bien, si poniendo al descubierto las llagas podridas del vicio me llamaran ¡virtuoso!; o si haciendo ver las miserias de la locura, me apellidaran ¡cuerdo! Además, que esto no es mío: lo dijo hace poco el ciudadano Ivetot, socialista de primera fila, en el periódico *Bataille Syndicaliste.*

Otra pequeñez, no clerical. ¿Saben Vds. lo que vale el agua del mar? Pues según M. H. Blackmore, un kilómetro cúbico de agua de mar contiene, de acuerdo con los precios corrientes, oro por valor de 111.000,000 de francos, 10.000,000 de plata y 74.000,000 de yoduros. ¿Qué tal? Esto si que es una pequeñez de tomo y lomo.

ABELIO

LO QUE SE ESCRIBE

Razón y Fe. — Número 138, correspondiente a febrero. C. García Herrero, en un artículo titulado «El asesinato de Canalejas ante una nueva construcción del derecho penal», arremete briosamente contra el anarquizante profesor de Derecho penal, de Salamanca, el Sr. Dorado Montero, rebatiendo una por una, y con una lógica inflexible, todas las absurdas teorías que acerca la noción del delito y de la moralidad de las acciones humanas expone el autor de las bases para la nueva construcción del Derecho penal.

F. García Fayos, en un interesantísimo trabajo sobre los colores, después de transcribir las teorías de los sabios antiguos y las nuevas teorías de Newton, Huyghens, Fresnel y otros, entra de lleno en la cuestión sobre la diferencia específica de los colores, para deducir que los colores no difieren específicamente entre sí más que subjetivamente. «Los variantes de coloración, dice el distinguido articulista, son meros matices de una misma naturaleza, *de la cualidad color*, más bien subjetivos que objetivos». Es un trabajo que nos ha llamado poderosamente la atención por la profundidad de sus conceptos y por la habilidad en su exposición.

Hay en este número de *Razón y Fe* otros trabajos no menos notables a los que remitimos a nuestros lectores, por no concedernos la Dirección mayor espacio. Entre ellos los siguientes: «Sobre los elementos esenciales de la bienaventuranza formal», «Estudios recientes sobre el Dr. Torres Villarroel» y «Municipalización y nacionalización de los servicios públicos».

La Educación Hispano-Americana. — Hemos recibido el número de febrero de esta importante publicación, dedicada exclusivamente a cuestiones pedagógicas. He aquí el sumario: Noticias pedagógicas. — Notas parlamentarias (R. Carbonel). — El párroco y el maestro (G. Vilas). — Las primeras lecciones de Geografía (J. Maestre). — Pedagogía catequística (J. Linder). — La formación del magisterio en Colombia (M. Gómez). — Pedagogía experimental (L. Teixidor, S. J.). — Observaciones de Historia Natural. Cómo se forma una idección de minerales (L. Navás).

Entre las noticias pedagógicas encontramos ésta que transcribimos a título de curiosidad. «A medida que la Escuela laica arraiga en Francia, aumenta allí el analfabetismo. De 235,637 reclusos, hubo el año último 13,525 que no sabían leer ni escribir. ¡Y aquí se espera la cultura de semejantes escuelas!»

En las *Notas parlamentarias,* el distinguido publicista, que se esconde bajo el pseudónimo de R. Carbonel, habla del estado de la enseñanza en nuestra patria y de los pensionados de nuestras universidades y otros centros del Estado, lamentándose con razón del abandono, ya proverbial, en que el Estado tiene estos establecimientos de cultura, mientras gasta un dineral en creaciones de nuevo cuño, sólo para proteger a los paniaguados. Asi cita a un señor que cobra 7,000 ptas. como *gratificación* por una clase de Pedagogía de la Universidad Central, clase que nadie sabe en qué consiste. Afirma que «nuestra segunda enseñanza es una calamidad nacional, que no desarrolla a los jóvenes, ni los prepara para la Universidad ni para la vida práctica».

Trae, como suplemento ordinario, La *Iliada de Homero*, versión en verso castellano del. P. Lucio Lapalma, S. J.

CLAUDIO VIDAL Y CORTADA
Académico Honorario

NOTAS GENERALES

En nuestro número próximo publicaremos el cuento *El fugitivo*, del malogrado literato Prudencio Canitrot.

LAS FIESTAS. — El domingo, día 2 de marzo, la ACADEMIA CALASANCIA conmemorará solemnemente el 25 aniversario de su fundación con los actos

siguientes: por la mañana misa de Comunión con plática preparatoria por el P. Director. A las diez y media se celebrará una sesión privada, a la que se dará toda la solemnidad posible, para lo cual se pedirá el concurso personal de algunos señores académicos honorarios. Por la tarde tendrá lugar un banquete, cuya organización se ha encomendado á los Sres. Luis Marimón y Emilio Vilanova.

En cuanto sea posible, en este día se hará público el cartel de temas y premios para el gran Certamen Literario Nacional, cuya celebración se ha fijado para el mes de octubre.

Para el banquete, que tendrá lugar en el Mundial Palace, se admiten inscripciones hasta el día 25 a las ocho de la noche, en la Secretaría de la ACADEMIA.

LO QUE SE ESCRIBE. — En esta Sección se dará a conocer lo más interesante que se escribe en las varias revistas que llegan a nuestra Redacción.

RESTABLECIÉNDOSE.—Con grande satisfacción participamos a nuestros amigos que el distinguido Académico Dr. D. Jorge Olivar se halla ya en estado de franco restablecimiento. Probablemente uno de estos días saldrá para el vecino pueblo de Sardanyola, a fin de pasar una larga temporada en la finca que su familia posee en aquel pintoresco lugar.

UN INVENTO ESPAÑOL QUE CAUSARÁ SENSACIÓN EN EL MUNDO. — Hemos visto y admirado la rueda para automóvil que ha inventado un distinguido joven barcelonés, cuya modestia nos obliga a callar el nombre, y que expondrá en la próxima exposición automovilista del Turó Park, que se inaugurará el 8 del próximo mayo.

Lejos de ser un invento del montón, en quien nadie cree y que sólo se expone en las vitrinas de los *garages*, es algo que sobresale, que está llamado a promover una revolución en el mundo automovilista. El inventor pone en dicha exposición del Turó, a disposición de cuantos deseen comprobar por sí mismos la verdad del invento genial, un coche en que las cuatro ruedas serán de su invención.

Nos volveremos a ocupar del invento prodigioso y con más detención más adelante, cuando podamos dar más detalles; pero desde luego auguramos al joven inventor español un éxito mundial, pues es sencillamente asombroso su descubrimiento.

LA TRAGEDIA DEL POLO. — El trágico fin de la expedición Scott al regresar del Polo Sur, ha conmovido profundamente la opinión inglesa, la cual se ha apresurado a honrar la memoria de aquellos héroes, no sólo con artículos y discursos necrológicos, sino iniciando una suscripción popular en favor de sus familias respectivas.

El pueblo inglés da, en esta ocasión, un magnífico ejemplo de civismo, de consciencia y de gratitud, en contraposición de lo que ha sucedido en otras naciones que han pagado con la ingratitud y con el olvido a sus hijos predilectos.

LA CANADIENSE.—Se dice, con bastante fundamento, que la poderosa compañía «La Canadiense», está a punto de hacerse dueña de las cuatro compañías de tranvías de Barcelona. Se asegura, además, que Mr. Pearson ha dicho que de no adquirir el municipio barcelonés el agua de Dos-Rius, él compraría todos los derechos y pertenencias de la empresa.

Hay quien se queja de la emigración de los ciudadanos. Perfectamente; pero ¿no se levanta ninguna cruzada contra la emigración constante del capital?

LO DE LAS NOTARÍAS.—El Presidente de la Diputación ha recibido un telegrama del Sr. Romanones, como contestación al que aquél remitió a Madrid, respecto del tan debatido asunto. Dice así el telegrama. «El Gobierno estudia fórmula que armonice los intereses de Cataluña con aquéllos que se persiguen en la actual organización».

Quien sepa leer entre líneas, que lea.

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD.—MONTEALEGRE, NÚM. 5. BARCELONA